

peregrinos. Los griegos beben del río tanta agua como pueden y se bañan con una alegría religiosa. Purificando su cuerpo creen también purificar su alma, y según su opinión se lleva el río todas las manchas, de modo que al salir del Jordán ve cada peregrino abrirse para sí las puertas del cielo.»

Arrancan además ramas de sauce en memoria de su peregrinación y hacen buena provisión de agua en sacos de cuero.

Si el torrente de Cedrón, ó de la tristeza, debe gemir deslizándose, no asimismo el Jordán, pues cada murmullo de sus aguas es una armonía. Este lugar fué reputado santo entre los cristianos primitivos, y los fieles acudían allá de países los más lejanos para regenerar su fe. Durante la Edad Media, ¡cuántos cristianos del Occidente no han ido á visitar sus orillas! Refieren las crónicas de aquella época, que peregrinos y guerreros, después de visitar los santos lugares de Jerusalén y Belén, iban á purificarse á las aguas del río y á coger palmas á los huertos de Jericó.

Chateaubriand escogió este sitio para la escena del bautismo de Cimodocea, la heroína de los Mártires. Con el mayor gusto transcribimos aquí aquella hermosa escena.

«Ved aquí, dijo Gerónimo á sus dos admirados huéspedes, unos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo; este río es el Jordán, y este lago el mar Muerto; os parece brillante, pero las culpables ciudades que en su seno ocultan han envenenado sus aguas. No son estas, Cimodocea, las bellas orillas del Pamiso ni los deliciosos valles del Taigeto. Pisas el camino de Hebrón en los lugares donde tronó la voz de Josué cuando detuvo al Sol; huellas una tierra que todavía humea con la cólera de Jehová, y que más tarde fué consolada por las misericordiosas palabras de Jesucristo. ¡Joven catecúmena! por esta Soledad Sagrada vas á buscar al hombre á quien amas; los recuerdos de este vasto y melancólico desierto se mezclarán á tu amor para fortificarlo é imprimirle más gravedad, pues el aspecto de estos bosques desolados están á propósito para fomentar como para extinguir las pasiones. ¡Inocente doncella! las tuyas son legítimas, y no te ves precisada como Gerónimo, á ahogarlas bajo los fardos al rudo peso de abrasada arena!»

«Así hablando, bajaban al valle del Jordán; Cimodocea, atormentada por una sed ardiente, tomó de un arbolillo un fruto parecido á dorado limón; pero al acercarlo á sus labios hallólo lleno de amarga ceniza.

«—¡Esa es la imagen fiel de los placeres del mundo! dijo el Solitario:

»Y prosiguió su camino, sacudiendo el polvo de sus pies.

»Entre tanto los peregrinos adelantaban hacia un bosque de tamarindos y árboles ballámicos que crecían en medio de blanca y menuda arena; Gerónimo se detuvo de repente y mostró á Doroteo, casi bajo sus pies, un objeto en movimiento en medio de la inmovilidad del Desierto; este objeto era un amarillento río que arrastraba con lentitud sus pesadas aguas en un profundo cauce. El anacoreta saludó al Jordán, y exclamó:

«—¡No perdamos ni un momento, joven harto venturosa! Ven á recibir la vida en el mismo lugar donde los israelitas pasaron el río al salir del Desierto, y donde Jesucristo quiso recibir el bautismo de manos del Precursor. Desde la cima de ese monte llamado Abarim, Moisés descubrió para tí la tierra prometida, y en la cumbre de esa opuesta montaña Jesucristo oró por tí cuarenta días. A vista de las arruinadas murallas de Jericó hagamos caer la barrera de tinieblas que rodea tu alma, para que el Dios vivo pueda penetrar en ella.

»Gerónimo, dichas estas palabras, entró en el río y Cimodocea imitó su ejemplo, mientras Doroteo, único testigo de tan tierna escena, se arrodilló en la orilla, y sirviendo de padre espiritual á Cimodocea, le confirmó el nombre de Ester. Las aguas se dividen en derredor de la casta catecúmena, como se dividieron en el mismo lugar en torno del Arca santa. Los pliegues de su túnica virginal, arrastrados por la corriente, se hinchan á lo lejos, la joven inclinó su cabeza delante de Gerónimo, y con voz que llenó de encanto las aguas del Jordán, renunció á Satanás, á sus pompas y á sus obras. El anacoreta, tomando el agua regeneradora en una concha del río, la derramó sobre la frente de la hija de Gomer en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sus sueltos cabellos caen á uno y otro lado de su cabeza, al peso del agua, que rápida sigue y desenvuelve sus rizos; no de otro modo la benigna lluvia de la primavera humedece los jazmines en flor y se desliza á lo largo de sus perfumados tallos. ¡Oh! ¡cuán tierno era aquel bautismo furtivo en las aguas del Jordán! ¡Cuán interesante era aquella virgen que oculta en el fondo de un desierto robaba, por decirlo así, el cielo! Tan solo la hermosura soberana se mostró más bella en aquel lugar, cuando entreabriéndose las nubes, el Espíritu de Dios bajó sobre Jesucristo en forma de paloma, oyéndose una voz que decía: Este es mi Hijo, en quien me he complacido.

»Cimodocea salió de las aguas henchida de fe y valor contra los males de la vida; la nueva cristiana, llevando á Jesucristo en su cora-

zón, parecíase á una mujer que, ya madre, encuentra súbitamente para su hijo las fuerzas que para sí no tenía.»

Desde el principio de la era cristiana acudieron al Jordán peregrinos de todas las partes del mundo. Varios santuarios, actualmente destruídos, fueron edificados en los primeros siglos de la Iglesia cerca del punto donde se creía haberse realizado el gran suceso; una cruz lo designaba á la piedad de los fieles, y ambas márgenes estaban cubiertas de preciosos mármoles. Gran multitud se reunía en ellas en épocas determinadas y entraban con fervor en las sagradas aguas para renovar las promesas del bautismo, revestido cada uno con blanco mantó que había de servirle de mortaja al descender al sepulcro, costumbre esta última que conservan todavía los griegos. Los enfermos, y en especial los leprosos, acudían allí con la esperanza de hallar la salud en la milagrosa corriente.

Los peregrinos tienen la costumbre de llevarse una poca de agua. «Bebí con el hueco de mi mano de esas aguas que tantos poetas divinos habían bebido antes que yo, escribe Lamartine. Ni más ni menos que los demás viajeros que al través de tantas fatigas, distancias y peligros, van á visitar en su abandono ese río que en otro tiempo era rey; llené de sus aguas varias botellas para traerlas á algunos amigos menos felices que yo, y guardé los guijarros que pude reunir en sus orillas. ¿Por qué no llevé también conmigo el numen santo y profético que inspiraba en otro tiempo, y sobre todo esa pureza de ánimo y de corazón que le es peculiar desde que bañó la frente del más puro y más santo hijo de los hombres?»

Forzoso es que este río tenga el poder de despertar grandes recuerdos y de inflamar el genio de los poetas, puesto que el mismo lord Birón, tan poco inclinado á las ideas religiosas, se sintió inspirado sobre sus orillas y escribió las siguientes estrofas:

«Sobre las orillas del Jordán andan errantes los camellos del árabe: sobre la colina de Sión oran los ministros de los falsos dioses; sobre el peñasco de Sináí doblan la rodilla los idólatras de Baal....., pero aquí en este lugar, ¡gran Dios! tu rayo duerme en silencio.

»En este lugar, donde tu dedo rompió la tabla de piedra; donde tu sombra brilló sobre tu pueblo; donde tu gloria se cubrió con tu vestido de fuego, ¿no aparecerás ya más para herir de muerte al que no te vea?

»¡Oh! ¡cómo brilla tu mirada con el resplandor del rayo! Arranca la lanza de la mano rota del opresor ¿por cuánto tiempo la tierra de elección será pisada por los tiranos? ¿Por cuánto tiempo aún, quedará tu templo sin culto?»

Para servir de asilo á tan numerosas gentes que á aquellas benditas riberas acudían, construyéronse varios monasterios á poca distancia del río; de los principales existen aún las ruinas, y es el uno conocido con el nombre de Kasr-Hadjlah, y con el de Kasr-el-Jehud el otro.

Situado el primero en la llanura de Jericó á una hora escasa al oeste del Jordán, conserva aún parte del nuevo flanqueado de cuadradas torres que lo defendía. Dentro del recinto vense los restos de una iglesia, que yace ahora por el suelo en su mayor parte; ornáronla pinturas murales, hoy muy borradas cuando no desaparecidas por completo, acompañadas de leyendas griegas. Algunos arcos ojivales intactos todavía anuncian al parecer un trabajo de la época de las Cruzadas. Por lo que toca al monasterio está enteramente destruído; por sus vestigios viénesse en conocimiento de que construído quizás en los primeros siglos de la Iglesia, experimentaría reparaciones en los tiempos sucesivos. Hay quien lo menciona con el nombre de monasterio de San Gerónimo, y á creer la tradición, fué erigido en el sitio en que este santo doctor hizo penitencia en el desierto, tradición que no se tiene por auténtica, en cuanto de los escritos mismos del santo se deduce que su retiro no fué el desierto del Jordán, sino el de Calcis, en Siria. Es más aceptable la opinión de que fué este monasterio el de San Gerónimo.

A poca distancia y al este del Kasr-Hadjlah brota una fuente, llamada Ain-Hadjlah en el centro de un pilón circular de un metro y medio de profundidad; el agua es abundante y clara, pero tibia, y corre luego formando un arroyo que en otro tiempo estuvo canalizado y regaba el valle en el cual se pierde ahora. La Ain-Hadjlah ha conservado el nombre de la antigua ciudad que la comprendía en su recinto y que hoy, excepto algunos restos insignificantes y unos pocos trozos de mosaico esparcidos por el suelo, ha desaparecido del todo; llamóse en hebreo Bet-Hoglah y en latín Beth-Hagla, denominación que actualmente lleva. Este pueblo era el límite entre la tribu de Judá y la de Benjamín.

Al nordeste de la Ain-Hadjlah, á un kilómetro al oeste del río, encuéntrase las ruinas del segundo monasterio, llamado por los árabes Kaer-el-Johud (Castillo de los Judíos), por los cristianos castillo de San Juan Bautista. Estuvo fortificado como el anterior y de él sólo subsisten desplomadas bóvedas y caídos paredones, y además una capilla subterránea rectangular con un ábside en la parte de oriente. Nótanse en sus paredes gran número de cruces, trazadas sin duda por la piedad de los peregrinos; algunas de ellas llevan el sello de gran antigüedad. Encima de esta capilla, que, según se cree, data de época de las Cruzadas,

elévase una iglesia de la cual nada queda, á no ser la base de alguna columna y algunos trozos de pared; á derecha é izquierda yacen los restos de los edificios á ella inmediatos.

El vado de Makhadet-el-Rhoranich, al nordeste del monasterio, uno de los pocos puntos en que el río es accesible, encajonado como está en altas y tajadas márgenes, es el escogido generalmente por los peregrinos griegos para bañarse y renovar las promesas de su bautismo. Los latinos se bañan con preferencia en otro situado al sudeste de aquel monasterio y conocido con el nombre Makta (lugar de paso), que es probablemente el punto llamado Bethara, donde San Juan administraba el bautismo y donde, bien la orilla derecha, bien en la izquierda, lo recibió de su santo Precursor Nuestro Señor Jesucristo.

Es tradición que este es el sitio por que pasaron á pie enjuto el Jordán Elías y Eliseo. Por allí, en fin, á lo que se cuenta, vadeó el río San Cristóbal llevando en hombros al niño Jesús.

A once kilómetros del Jordán por el lado del Oeste, hállase abundante manantial, 'delicioso oasis, en que se respira fresco y gratisimo ambiente: Ain-el-Sulthan lo llaman los árabes y Fuente de Eliseo los cristianos. Esta fuente brota del suelo en un pilón de diez pasos de longitud por cinco de ancho, en parte destruído y sombreado por frondosos árboles, y corre después formando un riachuelo de seis ú ocho pies de ancho por seis pulgadas de profundidad, que, dividido en varios trozos, riega una parte de llano hacia la actual aldea de Er-Riha; antiguamente alimentaba diferentes acueductos que desde allí esparcía á lo lejos la fecundidad y la vida, uno de los ramales en que se divide dirigese á Jericó, situado á una legua escasa de la fuente. El agua sale á la temperatura según el mariscal Masmont de poco más de 20°. Según Russegger está 640 pies más baja que el nivel del Mediterráneo.

Gran número de peces viven en el pilón de la fuente y á miles anidan los pájaros en la enramada, de manera que la Fuente de Eliseo es agradable sitio de parada para cuantos peregrinos y viajeros se dirigen al Jordán. Después de una fatigosa jornada, doquiera que uno se encuentre es grato descansar á la sombra cerca de una fuente cristalina; pero en un clima abrasador, y después de no haber podido beber más que agua calentada todo el día por el sol, es una dicha no imaginada en las zonas templadas, cuyos moradores no todos aprecian en lo que vale la constante apacibilidad del clima. En este mundo los placeres son siempre proporcionados á los trabajos; el que no ha sufrido no sabe gozar.

Las aguas de esta fuente son bellas, cristalinas y excelentes. La

cascada, aunque muy poco caudalosa, es de un aspecto pintoresco. En tiempo de Eliseo eran malsanas, de suerte que perjudicaban no tan solamente á los hombres y animales, sino también daban la muerte á los árboles y plantas.

Afigidos los habitantes de Jericó con los no interrumpidos males que sufrían, acudieron al santo Profeta para que intercediese con el Señor, á fin de ponerles término. He aquí porque lleva el nombre del profeta Eliseo.

Cuando éste vivía en Jericó, los varones de la ciudad le dijeron:

«He aquí que la morada de esta ciudad es muy buena, como tú, Señor, bien sabes; mas las aguas son muy malas, y la tierra estéril.»

Y dijo Eliseo: «Traedme una vasija nueva y echad sal á ella; y habiéndosela traído, fuése al manantial de las aguas y echó la sal en ella, y dijo: Esto dice el Señor: Sana estas aguas y en adelante jamás habrá en ellas la muerte, ni esterilidad.»

Quedaron, pues, saludables las aguas hasta este día según la palabra que dijo Eliseo.

Tal es el bíblico relato del suceso á que debe el nombre esta fuente. La Iglesia ha conservado las mismas palabras é igual ceremonia para la bendición del agua. Los montes que cercan el mar Muerto contienen abundante sal, y de ahí que la mayor parte de los arroyos que de ellos brotan son salados; tal en la que por esta circunstancia no podían aprovechar los habitantes de Jericó.

El milagro de Eliseo ha dado mucho que pensar á los racionalistas, quienes no han podido menos de decir que entre los hebreos los profetas eran al propio tiempo naturalistas, y que Eliseo efectuó sin duda el cambio ó alteración de las aguas por algún medio natural, *bien que no podía precisarse el que empleó*. Lo más notable es que después de los grandes progresos que hemos alcanzado en las ciencias naturales después de Eliseo, no conozcamos ningún método para purificar las aguas que circulan por las entrañas de la tierra, y para conseguir que una sola operación haga durar este efecto por espacio de dos mil seiscientos años; pues todavía dura el del *método* de Eliseo. «Esta agua, dice el mariscal Marmont, es buena para beber, aunque poco grata al paladar.» Otros peregrinos afirman que al beber halláronla muy buena.

En cuanto á su cualidad fecundante, es imposible ponerla en duda; las inmediaciones de la fuente están cubiertas de la vegetación más lozana; el arroyo serpentea por la arena en un soto de frondosos árboles, entre los cuales se cuenta el *zakkum*, ó sea *elocagnus augusti folius* de Linneo. De su fruto se extrae el aceite de Jericó, estimado por los